

Ética económica y ética heroica

ANGEL VIÑAS MARTIN
Técnico Comercial del Estado

Las páginas que siguen constituyen el modesto primer intento de un economista profesional por sistematizar en alguna medida unas cuantas ideas, propias de un campo de estudio muy ajeno al suyo.

De ahí el carácter elemental que —por una parte— otros compañeros economistas y —por otra— las personas más versadas en Ética o en Filosofía que el autor de estas líneas no dejarán de encontrarles. Y, sin embargo, quizá la contraposición entre dos formas fundamentales de lo ético y que, con diversas denominaciones, ha venido arrastrando la Historia de las Ideas, no resulte tan desplazada ni la publicación escogida para su aparición tan descabellada.

A pesar de no haber perfilado con mucho aparato técnico lo que el autor entiende por “ética económica” —y que quizás dé motivo fundado de crítica a otros compañeros— y haciendo gala de un modesto diletantismo en campos separados del propio —que me lleva, el primero, a calificar de “divertimento” serio este primer trabajo—, tal vez la síntesis aquí presentada no deje de ofrecer en cierta medida la preocupación por llegar a una visión totalizadora de la conducta humana, y, si se admite que la Economía es una ciencia de lo humano, quizá pueda entenderse por qué el autor de estas líneas siente la acuciante necesidad de plantearse una y otra vez la conducta de los seres que, con sus acciones, hacen en parte la economía.

Definidos, así, dos tipos de ética o de conducta ética, la última parte del trabajo intentará ofrecer —tentativamente— unas cuantas posibilidades de su aplicación en lo histórico y en lo social.

Me propongo definir un sistema ético como un sistema de preferencias cuya significación se extiende a más de una sola persona: en términos más generales cabría decir que se le puede entender como una cierta ordenación de alternativas posibles.

En Economía tendemos a considerar la conducta humana como reflejo de la adoptada por un sujeto para elegir algún bocado de los muchos que

contenga una bandeja: ese hombre posiblemente examinará todos ellos en primer lugar y los ordenará después mentalmente según una escala, escogiendo naturalmente aquel que haya pasado a ocupar el primer puesto en la misma (esto no es sino lo que técnicamente se denomina "conducta maximizadora", principio fundamental que ha dado origen a una buena cantidad de proposiciones expresables matemáticamente y en una forma cada vez más compleja). Pues bien; ese hombre aislado que pretende hacer máxima su satisfacción eligiendo una de entre las diversas alternativas posibles no se mueve con arreglo a una norma ética —en nuestro sentido— de conducta, sino que refleja unos gustos: éstos son personales y poco cabe discutir razonablemente acerca de ellos.

Ahora bien, tan pronto como dejemos atrás el campo relativamente simple de las preferencias individuales, es decir, tan pronto como pasemos a decir no solamente que nos gusta el bien, sino que también a otra persona cualquiera le tendría que agradar ese mismo bien, lo que hacemos es elevar nuestras preferencias a un nivel que se extiende por encima de nosotros, y aun cuando tales preferencias no se amplíen a un ámbito general, sino que engloben aunque sólo sea a otra persona, diremos —de acuerdo con nuestra definición— que nos encontramos ante un sistema ético.

Tales sistemas constituyen una parte muy importante de la red de comunicación humana y, de no ser por ellos, nuestra existencia sería anodina y monótona, ya que uno de los rasgos que los caracterizan es que en torno a ellos se levanta ineludiblemente una compleja estructura de discusiones, controversias y propaganda.

Existen diversas clases de sistemas éticos, pero como aquí no se pretende establecer una tipología, sino destacar categorías muy amplias, englobaremos —con cierto sesgo por nuestra parte— tales sistemas en dos grupos definidos que se denominarán —a falta de otros términos mejores— ética "económica" y ética "heroica".

¿Cómo cabe distinguir someramente una de otra?

Evidentemente, la ética económica acentúa lo racional, entendiendo esto en un sentido un tanto restringido del término, en el sentido en que en Economía se utiliza, por ejemplo, el concepto de "análisis coste-beneficio". ¿Cómo se manifiesta la ética económica? Fundamentalmente en la enumeración y valoración de los costes, en la estimación de la recompensa y en el establecimiento de una correspondencia entre ambos extremos.

Quizá sea conveniente recordar que la característica básica de la con-

ducta económica estriba en considerar costes y beneficios y decidirse por aquel objeto susceptible de elección en el cual, o para el cual, el beneficio supere en la mayor medida posible al coste ligado con su obtención: lo cual no significa otro cosa sino que se consideran justificadas aquellas acciones que conlleven un adecuado exceso de beneficio por encima del coste. Dentro del campo de la ética económica, las acciones se justifican fundamentalmente por su efecto futuro esperado y no por invocaciones del pasado ni de la autoridad. El "economista" atiende básicamente al futuro, pero como quiera que nuestra imagen de éste siempre depende de la que nos hayamos hecho del pasado, ello significa que este último no es en modo alguno irrelevante.

Los costes y beneficios a los que nos referimos no tienen por supuesto que ser monetarios ni tampoco tienen por qué expresarse en tales términos. De igual forma cabría decir que no tienen por qué referirse a una persona ni tampoco al propugnador de un determinado sistema en particular. Desde nuestro punto de vista, tampoco hay nada dentro de la ética económica que, por ejemplo, sea sinónimo de egoísmo. Dado el peculiar enfoque que aquí seguimos, cabría incluso argüir que son extremadamente raros los casos en los cuales una persona o una colectividad resultan absolutamente indiferentes al bienestar o a la situación de otra. El egoísmo, en este sentido, no es sino la línea divisoria entre nuestra *malevolencia* —que nos depara satisfacciones en la contemplación de la mala fortuna de alguna persona— y nuestra *benevolencia* —gracias a la cual extraemos un sentido de satisfacción al contemplar la buena fortuna de algún otro—. Desde este punto de vista ni que decir tiene que la malevolencia es un estado absolutamente común y corriente y que, caso de alcanzar una posición de egoísmo, lo que habremos hecho en verdad es subir al menos algunos peldaños en la escala ética. De hecho, sería una prueba de progreso si pudiéramos hablar de egoísmo —en este sentido— como algo extendido comúnmente dentro de nuestro sistema económico y político.

Todo lo que antecede nos lleva a admitir que los cálculos de la ética económica pueden referirse tanto a los grupos como a los individuos, y tanto a personas —o conjuntos de éstas— benévolas como malévolas o egoístas: lo que importa aquí es destacar que lo fundamental dentro de la ética económica es el cálculo. La conducta económica, por consiguiente, no es sino una conducta calculada que comporta alguna medida de evaluación cuantitativa. Ahora bien, ello no significa —de nuevo— que la conducta económica tenga por qué expresarse en términos cuantificados en dinero. Un economista inglés del siglo XIX, hoy ya un tanto olvidado,

propuso en un artículo, muy conocido en su tiempo, expresar el valor de una suegra en términos de la altura de las rocas desde las cuales habría que saltar para salvarle la vida. Wicksteed se preguntaba: ¿Estaría dispuesto un hombre a saltar una altura de metro y medio? Posiblemente, sí, pero ¿lo estaría, por ventura, si la altura fuera de treinta?; evidentemente la respuesta en este caso es no. Acotando ambos extremos, podremos llegar a determinar cuál sería la altura máxima desde la cual un hombre estaría dispuesto a saltar para salvar la vida de su suegra y ello nos daría —de forma precisa— el valor de ésta. Podemos decir que, procediendo de esta manera —evidentemente incómoda—, nos será posible reducir a términos cuantitativos incluso las decisiones más sutiles.

Ahora bien, en cualquier análisis coste-beneficio tanto unos extremos como otros habrán de calcularse en términos comunes, y lo que ocurre es que la medición monetaria es la más corriente de todas las posibles.

Pasamos ahora a definir la ética heroica y a distinguirla de la que hemos visto previamente: de forma un tanto impresionista, podemos decir que la ética heroica se basa fundamentalmente en la imagen que aquél que la mantiene se hace de su propia identidad y no de un cálculo base de elección de costes y beneficios. Dentro de la ética a la que ahora nos referimos, el cálculo no ocupa o tiene un valor importante, sino que se considera como algo básicamente opuesto a la libre expresión de las necesidades de la identidad personal. El héroe hace lo que hace por lo que él es y no porque calcule el futuro: la ética heroica muestra gran desprecio por los cálculos precisos de la económica, considerándolos indignos de la nobleza de la identidad humana y sobre todo de la identidad del héroe. De ello cabría citar numerosos ejemplos, sobre todo si los tomamos de la poesía. Hace poco se proyectó en un cine de Madrid una película inglesa denominada "La última carga", que narraba —desmitificándola— la famosa carga de la caballería ligera británica durante la batalla de Balaclava. Tal película me llevó a leer de nuevo los famosos versos de Tennyson y en unos de ellos encontré la esencia misma de la ética heroica: "Theirs not to reason why, theirs but to do and die" (que cabría traducir aproximadamente por "no correspondía a ellos plantearse el porqué, sino actuar y morir").

La asociación de ideas que sugiere Balaclava lleva inmediatamente a distinguir las dos formas más importantes que adopta la ética heroica y quizá no haya mucha disconformidad si se destacan como tales la militar y la religiosa (a las que posiblemente convendría añadir hoy otra —la deportiva—, para comprender también a todos aquellos que se dedican

a ocupaciones incluso peligrosas no porque lo necesiten). Evidentemente, el impulso que nos lleva a escalar elevadas montañas, a descender a las profundidades submarinas, a batir records de velocidad o —simplemente— a correr cada vez más en coche, sólo en medida muy limitada puede provenir de lo que hemos denominado ética económica. Y la experiencia nos prueba que no parece que haya límite a las absurdidades heroicas que todos los días se cometen en nombre del deporte.

La religión, por su parte, es una manifestación de la ética heroica desde el principio, y la verdad es que no entenderemos nunca su poderoso impacto en la vida humana si no nos damos cuenta de hasta qué punto está engarzada la religión en tal categoría de ética, en la medida —en efecto— en que aquélla generalmente encierra supuestos heroicos en cuanto a la naturaleza de la realidad y abarca una serie de experiencias que —tal y como se postulan— trascienden la “calculicidad” de la razón humana. Ciertamente es, desde luego, que hay muchas expresiones religiosas que sólo de forma muy ligera están relacionadas con la ética, sobre todo en los niveles más primitivos de aquéllas, y también es cierto que existen igualmente expresiones religiosas —en especial en aquellas en las cuales se da una fuerte inclinación hacia lo mágico— en las que destaca fuertemente la ética económica: las prácticas religiosas pueden, en efecto, entenderse como un “coste” que dará origen posteriormente a una sustancial recompensa —bien sea aquí o en un más allá—. Las religiones más desarrolladas, sin embargo, comportan una notable vinculación entre fe religiosa y prácticas éticas, y quizá pudiera sostenerse que cuanto más se desarrolla la religión tanto más tiende a ser ésta una expresión de la ética heroica que de la económica.

Las afirmaciones que anteceden son fáciles de criticar porque no cabe duda que incluso en las religiones más sofisticadas existen elementos de cálculo económico. Quizá no esté de más traer aquí a colación la famosa proposición de Pascal referente a la religión católica: Pascal, en efecto, afirmó que el valor de cualquier probabilidad finita de llegar a una situación de gozo infinito merecía la pena de tenerse muy en cuenta dado que el producto de infinito por algo finito sigue siendo infinito, y que, por consiguiente, incluso aun cuando sólo hubiera una ínfima probabilidad de que la Iglesia detentase la llave que abre las puertas del Reino Eterno sería conveniente —en base a las anteriores consideraciones— no separarse de ella. Aquí tenemos el ejemplo de cómo cabe aplicar a la religión un cálculo económico estricto. (Naturalmente, el si este tipo de cálculo induce a mucha gente a abrazar una determinada religión es, evidente-

mente, harina de otro costal.) Los ejemplos, por supuesto, podrían multiplicarse: en tiempos pretéritos no cabe dudar del atractivo “económico” que encerraba la visión de un paraíso islámico de huríes, leche y miel...

En lo que quisiera, por consiguiente, hacer hincapié aquí es que —a pesar de algunas experiencias que sugieren lo contrario— es la llamada de la religión a la motivación heroica lo que realmente explica el carácter imperecedero de aquélla y que los aspectos económicos que cabe discernir en la misma constituyen más bien lo que los anglosajones denominan “window dressing”.

La importancia de la ética heroica es mucho más evidente en el caso de las ideologías militares o nacionalistas, y ello destaca claramente en expresiones famosas, como aquellas del “siento no tener sino una vida que dar por mi país” o del “no preguntes lo que tu patria puede hacer por ti, pregúntate más bien lo que tú puedes hacer por tu patria”, o del “mil vidas que tuviere las daría por...”. Tales expresiones se nos aparecen como manifestaciones legítimas de sacrificio y de idealismo, y están relacionadas evidentemente con la ética heroica, en cuanto que no proceden de un análisis coste-beneficio, sino de un sentido interior de identidad del individuo con su país.

Evidentemente, tanto uno como otro tipo de ética son necesarios para la sociedad y la vida humanas, y no es posible prescindir de cualquiera de ellos, pues incluso la más económica de todas las instituciones económicas encierra un cierto toque de heroísmo. Un banquero, por ejemplo, y aun cuando sea con el dinero de los depósitos, corre frecuentemente riesgos en la medida en que nunca conoce con absoluta certeza lo que va a suceder en el futuro, y a pesar de que proceda a cálculos exactos, siempre encerrarán éstos un elemento de aleatoriedad que se transmite a las decisiones que quepa adoptar en base a los mismos. Lo que en Economía se entiende por “capacidad empresarial” (entrepreneurship), la capacidad de dar origen a una empresa, encierra un obvio elemento de heroísmo en sí misma. No es sorprendente, pues, que Marshall acuñase la expresión “capitanes de industria”, utilizando conscientemente una analogía con lo militar. Sin un toque de heroísmo la vida humana común y corriente no sería, en verdad, muy interesante. ¿Quién es capaz, por otra parte, de contar todos los costes, de estimar todas las satisfacciones, de no tener jamás una emoción genuina y de no actuar nunca motivado por la identidad profunda del ser humano? Desde este punto de vista, hasta el mismo matrimonio se convierte en parte de una empresa heroica: un análisis coste-beneficio estricto y tajante quizá nos detuviese antes de llegar a la

ceremonia, y para que ésta tenga lugar es preciso que algún otro impulso interno nos mueva. En otras palabras, el amor es una manifestación del heroísmo.

Ahora bien, este heroísmo es por sí mismo peligroso y si no hay algún dispositivo económico que lo pare, la verdad es que puede terminar resultando desastroso. A veces es absolutamente preciso detenerse y plantearse los porqués (preguntarse lo que la patria puede hacer por uno...). Si al héroe se le deja sólo muy bien puede decirse a saltar desde muy alto y... A caballo entre el ramplón económico y el lunático heroico, en una postura ambigua difícilmente determinable, tenemos al hombre.

Expuesto lo que antecede, y reconociendo las virtudes propias del heroísmo, lo cierto es que dentro de la ética heroica existe una dinámica particular muy peligrosa que quizá puede calificarse de "*trampa del sacrificio*", y que surge porque este tipo de ética requiere, por naturaleza, sacrificios o una propensión a cometer sacrificios, propensión que generalmente termina en un sacrificio real. El héroe, por definición, tiende a tener lo que en Economía se denomina malas "relaciones de intercambio" en cuanto que renuncia a mucho y no recibe tanto a cambio (esencia ésta del sacrificio mismo).

Ahora bien, el sacrificio da origen a un cierto poder en favor del objeto o de la institución en aras de los cuales se comete aquél. Una vez que se han hecho sacrificios por algo, la verdad es que resulta muy difícil admitir que los mismos han sido vanos, porque lo contrario supondría una amenaza para la identidad interna heroica del actor. Una vez, pues, que se lleva a cabo el sacrificio, el objeto del mismo tiende a sacralizarse. Ahora bien, un objeto o una institución sacralizados son aquellos capaces de exigir más sacrificios, por lo que una vez que se haya realizado uno la tendencia es a perpetuarse. Muchas son las sociedades, por supuesto, en las que el objeto que más propicia el sacrificio —la patria— tiende a verse sacralizado. Una afirmación del tipo del "no preguntes lo que la empresa X puede hacer por ti, pregúntate más bien lo que tú puedes hacer por ella" resultaría enormemente ridícula, y ello porque la firma X no es un objeto sacralizado, sino una organización económica, que existe en un contorno fundamentalmente económico y que no inspira mucho al sacrificio.

Quizá fuera posible disponer en una escala las instituciones de la sociedad según un orden de sacralidad, medida ésta en términos de los sacrificios llevados a cabo en aras de aquéllas. Bien conocido es el dicho de que la sangre de los mártires es la savia de la Iglesia, y también podría-

mos decir, con igual razón, que la sangre de los soldados es la savia del Estado. A riesgo de parecer triviales, cabría decir incluso que las lágrimas de nuestros hijos son la savia de la familia, pues ésta es la más sacralizada de todas las instituciones humanas, en gran parte a causa de los sacrificios numeros de toda índole que en su nombre se llevan a cabo.

Todo lo anterior no significa que uno haya de rebelarse, en principio, contra el sacrificio, la sacralización o la ética heroica, y mucho convendría destacar aquí que sin ésta no seríamos completamente humanos. Ahora bien, la particular dinámica sacrificial a la que hemos aludido tiende más bien a incrementar la importancia de este aspecto de la vida. De aquí que uno de los grandes problemas de toda sociedad sea lo que cabría denominar "*control de la sacralidad*": el problema estriba aquí en evitar que ésta se desborde y requiera demasiados sacrificios de forma que otro aspecto —el económico— no desempeñe el papel que le corresponde. Un ejemplo famoso de sacralidad desbordada —por escoger una ilustración neutra y alejada— nos lo dan los antiguos aztecas en base a su creencia de que era preciso practicar sacrificios humanos para que las cosechas resultaran buenas. Como esta proposición no es refutable por la experiencia, los aztecas habían llegado al punto, cuando Cortés apareció en escena, en que los sacrificios humanos ascendían a muchos millares de personas al año y el sistema se había convertido en algo monstruoso y absurdo: tal ejemplo nos muestra la dinámica de la "trampa del sacrificio": éste va desarrollándose hasta que se pone el todo en cuestión y se desploma. El principio básico de la sacralidad estriba en no preguntar, y cuando alguien pregunta de manera conveniente el hermoso castillo de cartas se viene por el suelo.

Quizá otro ejemplo adecuado sea el colapso del concepto de imperio a lo largo del siglo XX, cuyo paradigma lo constituye el abandono de la idea imperial británica y el momento actual del Reino Unido: la lección que tal vez pudiera desprenderse aquí es que cuando la ética heroica —imperial— se propasa y los sacrificios que lleva consigo terminan resultando demasiado grandes, hay como un resurgimiento de la ética económica y pronto se da comienzo a las estimaciones en términos de beneficios y costes.

El problema de mantener un equilibrio adecuado entre una y otra ética es muy difícil, y en la práctica lo que vemos es cómo el péndulo pasa del exceso de una al exceso de otra. Hay experiencias históricas que demuestran que una sociedad demasiado "económica" puede desarrollar una fuerte propensión hacia lo heroico que incluso destruye la estructura

anterior. Schumpeter, hace ya varios años, sugirió la conocida idea de que el problema del capitalismo estriba en que es tan económico, tan razonable y tiene tanto éxito que al final termina autodestruyéndose no en virtud de sus fracasos, sino como consecuencia de tales éxitos. En muchos casos, cuando las instituciones económicas se enfrentan con una auténtica rebelión heroica, lo que ocurre es que se produce una situación de indefensión, de parálisis de aquéllas ante tanto heroísmo. Lo que importa destacar en este sentido es que una sociedad puramente económica, una ética auténticamente económica y un tipo de hombre básicamente económico son normalmente vulnerables al ataque del elemento heroico, produciendo en ocasiones la propia sociedad económica versiones pervertidas de lo heroico, como ha sido el caso claro en Alemania. Quizá otro caso, el incipiente capitalismo español postmedieval, se autodestruyese también en parte al promover el entorno un exceso de heroísmo en religión. Todo ello pone de relieve la extraordinaria inestabilidad en el equilibrio ideal entre lo heroico, por una parte, y lo económico, por otra.

A pesar de la posible conraindicación de España —y de algunos países islámicos también—, lo cierto es que, sin embargo, la religión organizada, al institucionalizar la sacralidad, ha actuado en parte como un importante agente en el control de la misma. Una de las funciones de las iglesias, en efecto, es actuar a manera de pararrayos, moderando en vez de generando la fuerza de la religión y desviándola hacia canales útiles de la actividad humana, ya que de lo contrario la fuerza religiosa básica quizá se malgastase en entusiasmos salvajes y prácticas orgiásticas.

La religión formalizada cumple también con una función muy importante: la *ritualización del sacrificio*, que es, tal vez, la única salida posible de la trampa de éste. Hasta ahora, sin embargo, no hemos descubierto ningún método comparable para ritualizar los sacrificios requeridos por los Estados, que todavía exigen sacrificios humanos en una escala igual a la de los aztecas o aun mayor.

Precisamente si la sacralidad del Estado es tan considerable es en razón de que los sacrificios realizados en aras del mismo son tremendamente reales. Ciertamente, uno de los problemas más importantes que hoy tenemos es el de desacralizar los Estados de suerte que éstos dejen de representar una amenaza para la colectividad.

Una de las características, en este aspecto, de las sociedades capitalistas es precisamente el de que como las instituciones económicas en las mismas tienen tan poca sacralidad, ésta se concentra en el Estado y es en parte porque son muy pocos los dispuestos a morir por cualquiera de

las grandes sociedades norteamericanas por lo que muchos mueren hoy en día por los Estados Unidos.

Quizá el creciente progreso de la concienzación resuelva en cierta medida este problema. Una de las fuerzas más importantes en la dinámica del cambio social a largo plazo es, precisamente, el aumento de la concienzación social, el darse cuenta de que la sociedad en que vivimos puede tener un futuro diferente, que, de hecho, hay grandes posibilidades de que posea una gran cantidad de alternativas futuras posibles que trasciendan la realidad histórico-social actual. Al desarrollarse este tipo de conciencia dejaremos de ser esclavos de procesos históricos irracionales y estaremos en mejores condiciones de hacernos o trazarnos nuestra propia historia.

Hace doscientos años, por ejemplo, era poca la gente que pensaba así. En la actualidad, por el contrario, comenzamos a tener imágenes del futuro que concebimos y que representan mejores situaciones que las que vive el mundo de hoy en día, a la vez que se nos ofrecen visiones de una serie de direcciones en las que quizá quepa adentrarse con cierto grado de confianza. Tal vez, la evolución del Estado heroico se haga así hacia el Estado económico, pasando de un "*warfare state*" a un auténtico "*welfare state*", símbolo de la esencial comunidad e instrumento de la misma comunidad, en lugar de seguir siendo un ejecutante mal preparado en un sistema internacional absurdo que marcha al galope hacia su propia destrucción.

Uno de los motivos por los que es tan difícil marchar hacia el futuro es que mucha gente no cree auténticamente que pueda existir un futuro mejor; hoy en día, sin embargo, se enfrentan en grado creciente dos conciencias estructuradas diferentemente y sustancialmente distintas: por un lado, la de la *intelligentsia* ahistórica y positivista, que rehúye o se niega a reflexionar sobre los fundamentos de nuestro orden económico y social (capitalismo y manipulación), y, por el otro, la conciencia dialéctica de la *intelligentsia* revolucionable, la cual se niega a divisar en el sistema la última ratio de la historia. Del juego dialéctico entre ambas quizá surjan nuevas perspectivas de futuro y nuevos equilibrios —más estables— entre los dos tipos de ética que hemos distinguido en estos párrafos.